

Históricas Digital

Vicente Quirarte

“Poderes del canto”

p. 84-89

Miguel León-Portilla

A 90 años de su nacimiento

Ana Carolina Ibarra, Eduardo Matos Moctezuma y María Teresa Uriarte (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas,
Coordinación de Difusión Cultural/
Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

112 p.

Fotografías e ilustraciones

ISBN 978-607-02-8968-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/677/leon_portilla.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Con Rubén Bonifaz en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM hacia 1970

Poderees del canto

VICENTE QUIRARTE

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

En un lugar denominado Celhuayocan, dos jóvenes se reúnen para compartir sus talentos respectivos y transformar el mundo. Los vincula, además de la fraternal comunicación, la certeza de que las ciudades eternas están fundadas sobre el canto, y que la palabra es elemento constructor que nos hace inmunes y permanentes. Se llaman Rubén Bonifaz Nuño y Miguel León-Portilla. El refugio se encuentra cerca del sitio donde fue ultimado el general Francisco Serrano en una nueva demostración del poderío de Huichilobos sobre el de Quetzalcóatl, del espíritu de la violencia sobre el de la civilización.

Celhuayocan es un topónimo proveniente del náhuatl y significa “lugar donde abunda la soledad”. En soledad prospera el pensamiento. En ella se propicia el espacio donde podemos sentir el ala del ángel o el golpe de la sombra. Desde muy joven, Miguel León-Portilla fue dueño de sus propios recursos. No sólo tuvo capacidad para acuñar los conceptos en los que ha creído y cultivado a lo largo de su fecunda existencia, sino encontró que, dentro del grado de civilización alcanzado por los antiguos mexicanos, la poesía era una de sus más altas manifestaciones.

Fue así como se dio a la tarea de recuperar el rostro y los detalles de la aventura vital existente detrás de las palabras que hasta nosotros han llegado. Cuando José María Vigil, primer director de la Biblioteca Nacional, orgullosamente custodiada por nuestra Universidad, descubrió entre múltiples papeles el manuscrito que la posteridad conoce por *Cantares mexicanos*, surgió un nuevo horizonte para el historiador, el lingüista y el poeta. Si una biblioteca encuentra justificación gracias a los afanes de quienes beben en sus acervos, León-Portilla se convirtió desde el principio en fiel estudiante del manuscrito y posteriormente inculcó esa curiosidad y ese espíritu de investigación en numerosos discípulos que lo han acompañado en la interminable tarea de traducir, en más de un sentido, la sabiduría y sensibilidad de los pueblos originarios.

En 1967 apareció la primera edición de sus *Trece poetas del mundo azteca*.¹ De entonces a la fecha, notables y numerosos son los trabajos por él dedicados a probar los poderes del canto, como originalmente se titulan estas breves palabras de homenaje. Canto como sinónimo de supremacía de la palabra y del pensamiento. Si León-Portilla decidió estudiar la sabiduría de los pueblos originarios, tuvo la temprana clarividencia para entender que parte sustancial de esa solidez de pensamiento se halla en la consagración de la lengua a través de la poesía y la manera en que ella da testimonio de los temas eternos en todas las civilizaciones: la fugacidad de la vida en contraposición a la plenitud del presente.

Gracias a los trabajos de Miguel León-Portilla tenemos oportunidad de ver a la poesía de los antiguos mexicanos no sólo como hecho arqueológico sino como manifestación del milagro surgido cuando el lenguaje abandona su carácter utilitario y se potencia en la metáfora para consagrar sus poderes. “Cuando sólo el toscano era poesía. Cuando sólo Florencia dio poetas.”² He aquí el modo como nuestro Marco Antonio Campos resume la aventura de Occidente, cuando el horizonte de expectación se hallaba dispuesto a la aparición de la espada y la voz de Garcilaso de la Vega. A partir de él, la poesía adquirió en español una intensidad y una altura que propició el surgimiento del llamado Siglo de Oro. En ese momento y del otro lado del océano, gobernantes, guerreros y mujeres de nombres como Tlatecatzin, Macuilxochitzin y Temilotzin daban testimonio de la vida cotidiana y de la destrucción de una cultura. *Visión de los vencidos*. Esas cuatro palabras, acuñadas por León-Portilla, resumen los afanes a los que ha consagrado su existencia para demostrar que la escritura de la historia no es tarea exclusiva de los vencedores. Vencidos pero capaces de rendir testimonio de su actuación en el mundo.

El canto es más poderoso que la espada. Lo demuestra la permanencia de las palabras de los pueblos originales de México. Como escribió el maestro de nuestro maestro, Ángel María Garibay: “Placer y gloria es rescatar para el futuro la belleza poética en la lengua de los mexicanos de Motecuhzoma.” Entre otras lecturas, León-Portilla propone en

1 Miguel León-Portilla, *Trece poetas del mundo azteca*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, 258 p.

2 “Florencia en el corazón del mundo”, en Marco Antonio Campos, *La experiencia en la tierra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, 2012, p. 16. El fragmento completo dice: “He llegado de nuevo hasta tus muros, patria mía, y he escuchado mis versos y los otros, los de antaño, cuando sólo el toscano era poesía, cuando sólo Florencia dio poetas.”

Trece poetas del mundo azteca una historia del antiguo México a partir de la poesía, porque es en ella donde se decantan los elementos primarios de la vida. Carlos Pellicer sintetizó el poderío de nuestra herencia ancestral en un poema escrito para celebrar el centenario del triunfo de la República, que en 2017 otra vez conmemoramos. Leído en el contexto del día de hoy, es igualmente un homenaje a la que ha sido divisa principal de don Miguel:

Lo indígena es nuestra agua entrañable,
es lo que históricamente colinda entre nosotros con el misterio.
Es un honor lleno de solemne alegría
que hablemos de Teotihuacan y de Mitla y de Uxmal
con los ojos luminosamente abiertos,
y también del hombre que unas veces se llamó Quetzalcóatl
y otras Nezahualcóyotl y otra vez, maravillosa vez, se llamó Cuauhtémoc.
Lo indígena
[...]
se demostró humanamente
con la voluntad y con el sentimiento.
Y Juárez y Altamirano y Ramírez y los zacapoaxtlas
que con Zaragoza estuvieron,
desangraron su mente, su corazón y su cuerpo
y empuñaron la República
como a una espada, sola en el horizonte,
que fuera toda de luceros.³

Como el poeta cubano, Miguel León-Portilla puede afirmar con orgullo que se es feliz escribiendo cosas tristes. No porque se afane en la desgracia ajena, sino porque como sobreviviente de la cotidiana tragedia de nuestra destrucción está obligado a dar su testimonio y hablar con las mejores palabras de la tribu.

Plenitud no es lo mismo que felicidad. Sin embargo, hay quienes como Miguel León-Portilla tienen la capacidad para equilibrar ambos estados del alma y repartirlos a los demás. Si el fin supremo de la existencia es venir a la tierra “para darnos en préstamo

3 “Gran prosa por el triunfo de la República”, en Carlos Pellicer, *Cuerdas, percusión y aliento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 36.



los unos a los otros”, como nos enseña Temilotzin de Tlatelolco, poeta y comandante de hombres, que nuestro maestro nos enseñó a elevar a la categoría de héroe ético y estético, don Miguel ha cumplido con creces la tarea. Creo no equivocarme al pensar que su felicidad permanente se halla en que desde muy joven logró la correspondencia entre el anhelo y la consumación y que para lograr la juventud acumulada de la que da ejemplo es necesario sentir que nunca existe punto de llegada sino de búsqueda constante.

En el XV Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en noviembre de 2015, como decano de nuestra corporación don Miguel pronunció el discurso de clausura. Reiteró su constante, incansable advertencia de que, cuando una lengua muere, la humanidad se empobrece. Es como si un planeta se extinguiera y con ello sobreviniera una catástrofe inaudita. Concluyó con las palabras de Nezahualcóyotl que a unos pasos de aquí se encuentran grabadas a la entrada de la sala de conciertos que lleva el nombre del rey poeta. Con ellas terminan igualmente las mías:

Por fin lo comprende mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor...
¡Ojalá no se marchiten!



edición de
Miguel León-Portilla

Universidad Nacional Autónoma de México
Fideicomiso Teixidor



Izquierda: Al inaugurarse la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas en 1994

Centro: Portada del libro *Cantares mexicanos*, editado en 2010

Derecha: Homenaje de 1996, en su cuarenta aniversario de doctor